

temporáneos no se limitaban á llevar sobre sí, sino que las imponían á sus hijos, pudieron convertirse en marcas nacionales.

Tenemos pruebas buenas y bastantes de que las cicatrices producidas por efusiones de sangre propiciatorias en los funerales, considerábanse como medios de unir á los muertos con aquellos que las llevan, y que la costumbre de hacérselas se desarrolla de la manera que dejamos dicha. El precepto del *Levítico*: «No hareis ninguna incision en vuestra carne, no imprimireis sobre vosotros ninguna señal,» nos enseña la costumbre todavía en el estado en que la cicatriz impresa por el sacrificio de sangre continua siendo en parte una muestra de dependencia familiar, y en parte de otra clase. Finalmente, las tradiciones de los Escandinavos nos presentan la costumbre en el estado que denota homenaje á un sér sobrenatural no especificado ó á un jefe muerto elevado á la categoría de dios. Odin, «próximo á morir, hízose señalar con la punta de una lanza;» y Niort «antes de morir hízose señalar por Odin con la punta de una lanza.»

Es probable que las cicatrices de la superficie del cuerpo que llegan á ser la expresion de la fidelidad respecto á un padre ó á un soberano fallecido, ó á un dios derivado de estos personajes, dieron lugar entre otras á la manera de desfigurar á los hombres, llamada pintura. Las desgarraduras y los vestigios que dejan, nunca dejan de tomar formas diferentes en las distintas localidades. Los Andamanos «se punturan cortando la piel con pedacitos de vidrio, sin introducir en las incisiones materia colorante; la cicatriz queda más blanca que la piel sana (1).» Los naturales de Australia llevan cicatrices punteadas que forman relieve sobre tal ó cual parte del cuerpo; otros se marcan por sí mismos. En la isla Tanna hácese cicatrices salientes sobre los brazos y en el vientre; y Burton dice, en su *Abeokuta*, que «se encuentra toda clase de variedades de cicatriz sobre la piel, desde la simple picadura imperceptible hasta el chirlo y el relieve en forma de clavo... En este país, cada tribu, cada sub-tribu y hasta cada familia, poseen su blason, cuya infinita variedad puede compararse á las líneas y brisadas heráldicas de Europa; se necesitaria un volúmen para explicar detalladamente la significacion de cada señal (2).» Naturalmente, entre las mutilaciones de la piel producidas de la manera que hemos dicho, un gran número de ellas, bajo la influencia de la variedad, tomarán un carácter

(1) *Transactions Ethn. Soc.* II, 36.

(2) R. F. Burton. *Abeokuta*, I, 104.

más ó ménos ornamental; y el uso que de ellas se hace para adornar el cuerpo, muchas veces sobrevive despues de perdida su significacion.

Hipótesis aparte, tenemos la prueba de que estas señales suelen ser en muchas ocasiones divisas de tribus, en lo que debieron convertirse si originariamente eran efecto de la costumbre de contraer una union por la sangre con el fundador muerto de la tribu. Entre los Cuebas de la América Central, «si el hijo de un jefe se negaba á usar las señales distintivas de su casa, podia, una vez llegado él mismo á jefe, elegir una nueva divisa á su gusto. El hijo que no adoptaba el *totem* de su padre, era para éste objeto de aborrecimiento durante toda su vida (1).» Si la negativa á adoptar la señal de la familia cuando está pintada en el cuerpo, pasa por una especie de inferioridad, lo propio sucederá cuando la señal es de las que provienen de desolladuras modificadas; la negativa equivalia á una rebelion, cuando la señal signifique que se descende de algun padre ilustre de la raza ó que se está sometido á él. De ahí la significacion que se atribuye á los siguientes hechos: «Todos estos, dice Cieza de los antiguos Peruanos, llevan ciertas señales por las cuales se les reconoce y de las que sus antepasados se servían (2).» Las personas «de uno y otro sexo en las islas Sandwich llevan una señal particular (una puntura) que parece indicar el distrito en que viven ó el jefe á quien obedecen (3).»

Realmente tenemos pruebas de que una forma especial de puntura se convierte en una señal de tribu de la manera que dejamos indicada. Entre las diferentes mutilaciones á que el hombre se somete como á ritos fúnebres al morir un jefe en las islas Sandwich, por ejemplo, el arranque de los dientes, la resecion de las orejas, la tonsura, etc. (4); hay una que consiste en picar ó puntear un punto de la lengua. Por este ejemplo vemos que esta mutilacion toma la significacion de la fidelidad á un soberano que murió; más tarde, cuando este soberano muerto, objeto de una distincion inusitada, recibe la apoteosis, la marca impresa por la puntura se convierte en el signo de la obediencia que se le debe como á un dios. «En muchas naciones de Oriente, dice Grimm, existia la costumbre de señalarse con una quemadura ó una incision, lo cual

(1) Bancroft. *The Native Races*, etc., I, 753.

(2) Cieza de Leon, c. 88.

(3) Capt. Cook. *Second Voyage*, II, 152.—Mientras estaba en prensa este capítulo, hallé un pasaje de Bancroft relativo á los indios del istmo de Darien, que comprueba plenamente la interpretacion general que hemos dado. «Todo jefe, dice, tenia muchos prisioneros esclavos, se les imprimia con un hierro ardiendo ó por medio de la puntura, la marca de su propietario en la cara ó en el brazo, ó se les arrancaba uno de los incisivos.—Bancroft. *The Native Races* etc., I, 711.

(4) Rev. W. Ellis. *Tour through Hawaii*. 146.



significaba que se pertenecía á cierto culto... Lo mismo pasaba con los Hebreos. No tenemos más que recordar la prohibición de las señales en honor á los muertos, para comprender el sentido de estas palabras del *Deuteronomio*: «Ellos se han corrompido; la marca no es ya la señal de sus hijos; son una generacion perversa y descarriada.» Las señales que aquí se ponen en contraposición á las de dios, eran consideradas en una época más avanzada como el signo de la adoración de dioses diversos; lo prueban algunos pasajes del Apocalipsis. En éste se vé á un ángel fijar un plazo «hasta que hayamos sellado á los servidores de nuestro Dios en la frente.» Trátase en él de «ciento cuarenta y cuatro mil que tienen escrito sobre la frente el nombre del Padre,» que permanecen de pié en la montaña de Sion mientras un ángel anuncia que, «si alguno adora á la bestia ó su imagen, y hace la señal de ella, en la frente ó en la mano, beberá el vino de la cólera de Dios.» Hasta en nuestros días, «esta costumbre de trazar signos religiosos en las manos y los brazos es casi universal en los Árabes de todas las sectas y de todas las clases.» Sábese que «los Cristianos, en ciertos puntos de Oriente, y los navegantes europeos, tenían desde muy antiguo la costumbre de señalar con el signo de la cruz ó la imagen de la Virgen, por medio de punturas y con un color negro, sus brazos y otros miembros de su cuerpo (1); los Mahometanos graban en ellos el nombre de Alah.» De manera que hasta en nuestros días y entre las razas avanzadas, estas mutilaciones de la piel tienen una significación parecida á la que declaradamente se les daba en el antiguo Méjico, en el cual, al consagrar un niño á Quetzalcohuatl, «el sacerdote le hacia una incisión en el vientre con un cuchillo (2)» para señalar que pertenece al culto y al servicio del dios; y semejante también al sentido que les dan claramente los negros de Angola. En muchos puntos de este país, todos los niños apenas nacidos, se les puntura el vientre á fin de consagrarles con esta ceremonia á cierto fetiche (3).

Quedan aun por recordar hechos de gran significación. Hemos visto que cuando los cabellos cortados son una señal de servidumbre, el pelo largo se convierte en un signo de honrosa distinción; que cuando la barba afeitada es señal de dependencia, la barba larga es muestra de superioridad, y que cuando la circuncisión se asocia á la idea de sujeción, no se la encuentra en las personas que poseen el poder supremo. Aquí tenemos una antítesis análoga. El gran

(1) M. Kalisch. *Historical and Critical Commentary on the old Testament-Leviticus*. London, 1855, II, 429.

(2) Juan de Torquemada. *Monarquía indiana*. Madrid, 1723, I, IX, c. 31.

(3) A. Bastian. *Africanische Reisen*. Bremen, 1859, 76.

jefe divino de Tonga difiere de todos los demás hombres de las islas Tonga; no solo no está circuncidado, sino tampoco punturado (1). En otras partes se vé algunas veces servir estas diferencias para la distinción de clases.

Sin embargo, esto no quiere decir que las distinciones que la puntura ó ausencia de ella implican, sean siempre la regla; hay excepciones. Si en ciertos países la puntura es el signo de la inferioridad social, es en otros el de la superioridad. Pero no hay razón para sorprenderse de estas anomalías. A consecuencia de las vicisitudes de las guerras continuas de raza, ha debido á veces suceder que una raza no punturada fuese conquistada por otra en la que estaría en vigor el uso de la puntura, y que entonces estas señales se hicieron el signo de la supremacía social. Únicamente existe aun otra causa de este desacuerdo en las significaciones de la puntura. Fáltanos hablar de una especie de mutilación cutánea que tiene otro origen y una significación diferente.

Además de las cicatrices que provienen de las desolladuras que son actos propiciatorios á los padres ó á los jefes muertos, y á los dioses, las hay que provienen de heridas recibidas en la guerra. Estas, cuando son numerosas, suponen muchas batallas con el enemigo: por eso están en auge en el mundo entero, y se las vé ostentar con orgullo en todas partes. El sentimiento que en el tiempo pasado se refería á ellas en Inglaterra, se halla en Shakespeare, que muchas veces habla de «los que se envanecen con sus cicatrices.» Lafeu dice que una «cicatriz noblemente recibida, ó una noble cicatriz, es una buena y honrosa distinción;» en fin, Enrique V dice á propósito de un veterano, «que arremangará presto sus brazos y mostrará sus cicatrices.»

Animados los salvajes más que los pueblos civilizados por los sentimientos aquí indicados, desde luego se ocurre preguntar; ¿qué resultado puede de ello esperarse? ¿El deseo de enseñar cicatrices honrosas no inducirá al hombre á practicarlas artificiosamente? Tenemos de ello la prueba. Un sacerdote entre los Bechuanos practica una larga incisión desde el muslo á la rodilla, á todo guerrero que en la batalla ha matado á un enemigo (2). Entre los cafres Bachapinos existe otra costumbre. Entre los Damaras, «por cada animal salvaje que un jóven destruye, su padre le imprime cuatro pequeñas incisiones en la parte anterior del cuerpo, en señal de honor y distinción (3).» Luego

(1) W. Mariner. *Account etc.*, II, 268.

(2) Henry Lichtenstein. *Travel in South Africa*. Trans. London, 1812, II, 331.

(3) Anderson. *Lake Ngami*. London, 1856, 224.



Tuckey, hablando de cierto pueblo del Congo que acostumbra practicar cicatrices, dice que este uso tiene «ante todo por objeto hacer á los hombres agradables para las mujeres (1).» Lo cual se comprende, si estas cicatrices pasan por heridas recibidas en la guerra y por pruebas de valor. «Los indios itzaex (Yucatan) tienen buenas facciones, aunque algunos las llevan marcadas con líneas que son pruebas de su valor (2).»

Hechos suministrados por otras tribus americanas nos hacen suponer que la costumbre de los tormentos que se imponen á los jóvenes al llegar á la edad madura, tuvo por origen la de hacer cicatrices artificiales á imitación de las adquiridas en las batallas. Si en todos tiempos se ha visto á las personas que carecen de valor herirse á sí mismas para zafarse del servicio militar, puede con razon deducirse que los hombres más valientes que no fueron nunca heridos, pudieron muchas veces inferirse á sí mismos heridas que les procuraran el título máspreciado de todos, el de valiente. Esta práctica, secreta y excepcional en un principio, pudo hacerse más comun y acabar por generalizarse á causa de la reputacion que facilita, hasta el punto de que pronunciándose la opinion pública contra los que no la adoptaran, se impuso á todos la costumbre. Entre los Abipones «los niños de siete años de edad se agujerean los bracitos y ostentan á imitación de sus padres numerosas heridas (3).» Este ejemplo nos enseña el origen de un sentimiento y de una costumbre que es consecuencia de él, y que extendiéndose puede venir á parar á un sistema de tormentos de iniciación en el instante en que el hombre entra en la edad viril. Sin duda que desde el momento en que todos las llevan, no son ya las cicatrices una distincion, y se explica su uso diciendo que las heridas de que proceden son un medio de acostumbrarse al sufrimiento; pero no es esta la razon primera que las hizo aguantar. Los hombres primitivos, imprevisores bajo todos los conceptos, no imaginaron ni instituyeron nunca una costumbre en prevision de un provecho lejano: estos hombres no dictan leyes, caen bajo el imperio de las costumbres.

Hé ahí, pues, una nueva razon para que las señales impresas en la piel, aunque generalmente lo sean de dependencia, háyanse en ciertos casos convertido en adornos agradables y honrosos, y muchas veces en distintivos de la categoría.

(1) Cap. J. K. Tuckey. *Narrative of an Expedition to explore the River Zaire*. London, 1818, 80.

(2) Fancourt. *The History of Yucatan*. 1854, 313.

(3) M. Dobrizhoffer. *Account of the Abipones of Paraguay*. London, 1822, II, 35.

Debemos añadir algunas palabras para dar á conocer un motivo secundario de mutilacion que va unido á un motivo secundario de tomar trofeos ó que deriva de él.

Reconocimos en el último capítulo, que bajo el imperio de la creencia de que el espíritu reside en todas las partes del cuerpo, el salvaje conserva reliquias de los enemigos muertos, con la esperanza, en parte, de que por este medio podrá ejercer una violencia sobre sus espíritus, ya que no por sí mismo, con el auxilio del hechicero por lo ménos. Existe una razon análoga para conservar una parte arrancada del cuerpo del enemigo reducido á esclavitud; uno y otro, el dueño y el esclavo, creen que el poseedor de esta parte tiene el poder de hacer daño al otro. Desde el momento en que la primera diligencia del hechicero es la de procurarse cabellos ó limaduras de uña de su víctima, ó un pedazo de su vestido impregnado del olor que la opinion confunde con el espíritu de la víctima, parece que el dueño que tiene consigo un diente ó una falange ó un mechón de pelo de su esclavo, debe necesariamente conservar, merced á estas reliquias, el poder de someterle á la influencia del hechicero, quien puede hacerle sufrir algun mal espantoso, la tortura inferida por los demonios, la enfermedad ó la muerte.

El hombre subyugado está sometido á la obediencia por un temor análogo al que Caliban expresa al pensar en los tormentos que Próspero puede causarle por medios mágicos.

Tenemos, pues, numerosos y variados hechos que prueban como la mutilacion del cuerpo del hombre vivo es una consecuencia de la costumbre de adquirir trofeos del muerto. Como el trofeo supone una victoria que alcanza hasta á la muerte del vencido, la práctica de cortar una parte del prisionero vivo, la cual deriva de la primera, llega á significar su vasallaje: al fin, el abandono voluntario de esta parte, expresa la sumision y se convierte en una ceremonia propiciatoria, porque expresa este estado.

Se cortan las manos á los enemigos muertos; como correlativo de estos trofeos, tenemos mutilaciones idénticas impuestas á los criminales, y la mutilacion de los dedos ó porciones de ellos para aplacar á jefes vivientes, á muertos y á dioses. Entre el número de los trofeos arrancados al enemigo muerto cuéntase la nariz; se impone la pérdida de la nariz á los prisioneros de guerra, á los esclavos y á los autores de ciertos crímenes. Se retiran del campo de batalla orejas cortadas; de tiempo en tiempo se encuentra la costumbre de cortar las orejas á los prisioneros, á los criminales, á los esclavos, y hay pueblos en